medigraphic Artemisa en línea

Bol Clin Hosp Infant Edo Son 2005; 22: 1

A Manera de Editorial:

MI HOSPITAL PREDILECTO.

Carlos Moncada Ochoa

El hospital -todo hospital- tiene un efecto psicológico inmediato en quien toca a sus puertas en demanda de alivio. Cualquiera que sea la urgencia que motiva el traslado de un enfermo o un accidentado al hospital, en cuanto se trasponen las puertas del edificio y se percibe la presencia del médico, el ánimo se tranquiliza.

Uno, simple mortal, tiene la impresión de que en el hospital necesariamente se encuentra la salud lo cual, desde luego, ocurre la mayoría de las veces, pero no siempre. Cuando me avisaron que mi amigo Fernando Romero Santander había muerto, víctima de un terrible infarto, exclamé: "Pero ¡cómo! ¡Si lo llevaron al hospital!".

En mi libro *¡Gracias, doctor!*, escrito para exaltar el mérito de los médicos ligados al pasado de Sonora, doy cuenta de la fundación de algunos hospitales. Menciono el de Yécora, alrededor de 1700, pues tuve la fortuna de encontrar, en la biblioteca del INAH, el libro de su creador, el jesuita Juan de Esteyneffer, *Florilegio medicinal de todas las enfermedades*.

Luego mi atención se centró en dos que existieron en mi tierra natal, Ciudad Obregón. el hospital Dr. Fernando Montes de Oca y el Hospital Civil o Municipal. En el primero nacieron tres de mis hijos y, como joven reportero, fue mi primera "fuente". Todos los días iba a tomar nota de los nacimientos y operaciones a personas de relieve social. Allí me relacioné, entre otros médicos, con el doctor Jesús Alfonso Cadena, que en buena medida orientó mi gusto por la música clásica.

En el Hospital Civil presencié una operación experimental para mostrar el funcionamiento de un "resucitador" (perdón por mi ignorancia sobre el nombre del aparato). Fue emocionante estar junto al médico cirujano y al anestesiólogo que abrieron el tórax de un perro de buen tamaño, ligaron la arteria para que el corazón dejara de funcionar y acto seguido echaron mano del aparato e hicieron que la víscera volviera a latir. (Soy un sentimental y amo a los perros. No tuve el valor de preguntar si le aplicarían una inyección para matarlo y preferí quedarme con la ilusión de que iban a coser la herida y el pobre animal se habria recuperado).

Tengo en mente un tercer hospital, que no conocí y que tampoco existe ya, pero es mi predilecto. Se llamaba Hospital de Jesús y se encontraba en el Barrio del Perico (por el rumbo del mirador), en Álamos. Algunos consideran que comenzó a funcionar el primero de mayo de 1880, porque entonces una dama caritativa, doña Justina Almada de Urrea, aportó un capital de 20 Mil Pesos para que con sus productos el nosocomio se sostuviera.

El hospital trabajaba desde antes con "un par de humildes salas", y en poco tiempo pasó a ser "un vasto edificio con cinco salas para enfermedades internas y tres para operaciones y operados, que llenan su objeto, pues retirados de todo contagio, ventilados a satisfacción, y provistos de todo lo necesario, con oportunidad desinfectados y limpios oportunamente, dan por resultado que las operaciones, frecuentemente practicadas, cicatrizan por primera intención sin ninguno de los síntomas que revelan la septicemia", según el periódico *El Distrito de Álamos*, del 13 de octubre de 1891.

De 1879 a 1887 fue director de ese hospital el doctor Alfonso R. Ortiz, padre del médico y cantante Alfonso Ortiz Tirado. Se retiró peleado con el Ayuntamiento, al que demandó por la vía civil por falta de pago de honorarios, y perdió el caso.

En fecha reciente, visité el edificio del que fue Hospital de Jesús y escuché con fruición las versiones de sombras que vagan en la noche, y ayes y lamentos que rompen el silencio. Estas historias son típicas de Álamos.

Cuando comparamos, con nuestra mente contemporánea, a hospitales como éste con los actuales, los de ayer se antojan atrasados. Pero hay que considerarlos en el marco de su época. En ese sentido no hay duda de que inspiraban, al enfermo que llegaba en busca de alivio y a sus familiares, el efecto psicológico positivo que menciono al principio. Creo que esto lo seguirá sintiendo el hombre del futuro, pues es una cualidad intrínseca de los hospitales.